



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: El movimiento fenomenológico argentino

Autor: Jalif de Bertranou, Clara Alicia

Forma sugerida de citar: Jalif, C. A. (1992). El movimiento fenomenológico argentino. *Cuadernos Americanos*, 4(34), 149-156.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año VI, Núm. 34, (julio-agosto de 1992).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados. 4.0 Internacional (CC BY - NC - ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México.
<https://cialc.unam.mx/> Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

EL MOVIMIENTO FENOMENOLÓGICO ARGENTINO

Por *Clara Alicia JALIF DE BERTRANOU*
UNIVERSIDAD NACIONAL DE CUYO-CONICET,
ARGENTINA

EN EL PRESENTE TRABAJO desarrollamos brevemente tres hipótesis sobre el Movimiento Fenomenológico Argentino:

a) Es la primera reacción crítica que experimenta la filosofía argentina en el siglo XX.

b) Aunque ha sido caracterizado en bloque como reacción al positivismo, comparte con éste ciertas ideas.

c) Desvía el discurso filosófico del campo sociopolítico, propio del siglo XIX, al texto académico centrado fundamentalmente en cuestiones antropológicas.

Una muy diversa bibliografía sobre el pensamiento filosófico latinoamericano ha señalado la destacada participación de Ortega y Gasset en nuestro concierto de ideas. El hecho innegable habría, al mismo tiempo, suscitado el despertar hacia el movimiento fenomenológico que en Europa se constituía en la nueva corriente después y, diríamos, casi simultáneamente con el vitalismo. Mas si desde nuestro punto de vista afirmásemos que se debe a Ortega el emplazamiento de la fenomenología en nuestras tierras, cómo explicar que el historicismo orteguiano habría introducido un movimiento filosófico expresamente antihistoricista. No deseamos preguntarnos si tan notable presencia produjo la instalación en la fenomenología, sino cuáles fueron nuestras coordenadas contextuales que dieron paso a este movimiento en la Argentina; más concretamente, cuál fue la correlación entre el *corpus* fenomenológico y los intelectuales que se dieron a su lectura, cuáles fueron las situaciones reales en las que se arraigó y desarrolló. Sus actores fueron hombres concretos con actitudes políticas y sociales en relación inmediata con los problemas cotidianos. Elaboraron proyectos que

intentaron fundar filosóficamente, aun cuando fueran reacios a la participación político-partidaria. Produjeron obras que también pueden ser analizadas desde esta perspectiva, pues entrañan un diagnóstico del sentido del hombre, de la vida, de la filosofía y del curso que deseaban para nuestras sociedades. Al constituirse en voces de la intelectualidad argentina propiciaron un cambio en la formación personal de los sujetos sociales ante la orientación filosófica de las generaciones precedentes. Maestros de las generaciones sucesivas, marcaron la direccionalidad de los estudios futuros que se mantuvo por varias décadas y en ese sentido pueden ser calificados de "corriente fuerte" en las etapas del pensamiento nacional. De ahí que luego se constituyeran en el contrapunto del diálogo que a partir de 1970 se estableció en lo que se ha llamado la "filosofía de la liberación".

En el largo proceso filosófico en el que se desenvuelve la fenomenología, iniciado en torno a 1920 y que se extiende hasta nuestros años finiseculares, es posible distinguir momentos que van desde instancias iniciales en 1910; instancias dominantes; hasta la etapa posterior a 1970, aun cuando puedan considerarse incluso submomentos. El surgimiento de los estudios filosóficos enmarcados por el movimiento está unido a la vida de las instituciones académicas rioplatenses y a la voluntad de cambio en el rumbo dominante, que en algunos aspectos podemos calificar de rupturista con el momento inmediato anterior —el positivismo—, aunque en otros que no caben ser denominados de orden filosófico, significaron una cierta continuidad. Pretendemos sugerir que una serie de factores de tipo económico, antropológico, político, lingüístico, etc., intervino en este proceso para la formación de un ámbito filosófico que convivió con otros ciertamente no menos ricos por la diversidad de sus ejes temáticos, pero que estuvieron ligados a las prácticas de los sujetos sociales que fueron sus portavoces y a los destinatarios de sus producciones. Con ello queremos significar que la permanencia del movimiento ha obedecido a razones que exceden las imposiciones de modelos fácilmente superables y de efímera duración.

Sin considerar a los primeros filósofos del movimiento como un bloque con la promoción de 1910 —que en realidad constituiría el interregno entre el momento positivista y el que nos ocupa—, es interesante recordar que pertenecían a familias de emigrados que se afincaron en las últimas décadas del siglo pasado o bien, lisa y llanamente, fueron traídos por sus padres. Concretamente, vinieron a realizar el tan anhelado sueño del hijo profesional que inmortalizara el escritor uruguayo Florencio Sánchez. Se educaron en los

colegios nacionales que el movimiento contra el cual se erigieron había sembrado en el suelo argentino. Ya en los claustros universitarios fueron formados por hombres cuya preparación específica había adoptado el magisterio filosófico sin el rigor que se encargarán de demandar.

La palabra crítica de los maestros y las lecturas que efectuaron todos ellos, aun con rasgos de autodidactas, corrieron las zonas de aspiraciones desde el plano social y político al de la soledad del individuo, de la conciencia, de los valores y la construcción de la persona como principio de toda proyección humana. El convencimiento firme de la prioridad de estos temas explicaría en parte cierta aparente despreocupación de tipo social que podría entresacarse de una lectura estrecha de sus escritos y del desconocimiento de la vocación docente —invariablemente de tipo social— e institucional que los aspectos biográficos nos acercan. Tuvieron la experiencia de una misma generación que hallaba un país en marcha decidida dentro de un proyecto —el forjado en los años finiseculares— pero con débitos intelectuales que era preciso saldar.

La irrupción de la fenomenología marca un vuelco decisivo en el quehacer filosófico que traslada su eje del pensamiento político y social del siglo XIX a la intimidad de la persona y que habrá de mantenerse hasta la aparición de la llamada “filosofía de la liberación” en las décadas de los sesenta y setenta de nuestro conflictivo siglo XX. Vuelco que incluye nuevas formas lingüísticas frente a la necesidad de afinar el instrumental filosófico.

Los fenomenólogos argentinos sostendrán una ambigua actitud hacia la ciencia. Por un lado ésta es centro de críticas y, por el otro, no desean destruirla y menos aún incursionar en ciertas alternativas metafísicas. Tuvieron la firme convicción de que tanto la ciencia como la humanidad debían salvarse de la disolución que las amenazaba. Lo que cuestionarán son los modos y marcos teóricos con los que se la había producido; por ello esa situación será vivida como crisis de las ciencias, pero mantendrán la certeza del valor de la ciencia como tal. Sostendrán que ellas deben aclarar su relación con el objeto que les compete y elucidar sus relaciones y sus modos de conocer. De este modo nuestros fenomenólogos expresarán la preocupación por el *status* científico de los estudios filosóficos, aunando la particularidad y la universalidad de los temas. Desbordarán el plano metodológico para incursionar de lleno en el ontológico. Abandonarán el artículo breve y el ensayo circunstancial urgido por el acontecer cotidiano para dar curso a una

literatura filosófica que pretenderán de mayor y profundo alcance reflexivo, destinada a minorías intelectuales. No hallaremos afán didáctico expreso en sus escritos, sino reflexivo, orientado a quienes estaban en las mismas tareas intelectuales. El círculo de los destinatarios será ahora una comunidad epistémica bien acotada. La práctica filosófica devendrá profesión y como tal requerirá una preparación especial que incluirá un buen conocimiento de la historia de la filosofía moderna, especialmente Descartes, Leibniz, Kant y Dilthey, por nombrar sólo unos pocos del pasado, y Husserl, Hartmann y Scheler, por citar a los que resultaban más recientes, con la inclusión de Heidegger, naturalmente. Confiaban en que esa preparación sería la catapulta hacia un pensamiento original, propio y auténtico.

Las preocupaciones ético-sociales que el positivismo argentino había exhibido no desaparecerán en esta inflexión del historial filosófico, pero serán trasladadas a otro plano y se constituirán en el nudo del trabajo de autores que recogerán en concisas líneas su teoría axiológica.

En términos de periodización, dentro del ámbito fenomenológico entendemos que puede hablarse de cuatro grandes momentos que corresponden a una primera promoción que recoge los desafíos anticientistas de intelectuales como Korn y Alberini, por citar sólo dos; la de aquellos que consolidan su trabajo asentados fundamentalmente en una metodología fenomenológica; una tercera etapa de "inercia fenomenológica", continuadora del momento anterior pero enriquecida en su variedad temática y luego, ya en los años sesenta y setenta, la dilución del movimiento que había cedido espacio al retoño existencialista y a la aparición de una filosofía crítica con activa presencia en el II Congreso Nacional de Filosofía (1971).

De todas maneras, si hubo oposición y reacción en el plano filosófico, nuestros hombres aparecerán por otros andariveles unidos al positivismo en aspectos que no pusieron en entredicho. Nos referimos a las ideas liberales, a su organización conceptual y a los principios sustentadores de aquéllas. Las ideas liberales en política, economía y educación encontraron en ellos, si no seguidores obsecuentes, al menos continuidad. Más aún, es dable advertir que los resultados de la Primera Guerra Mundial y la militarización de la Alemania de Guillermo II reafirmaron el ideario liberal en una nación que aspiraba a la participación en el capitalismo moderno, con el concurso de la fuerza de trabajo de la inmigración y sus descendientes. En este sentido, cabe sin embargo consignar que por la

misma concepción de la filosofía que sostuvieron, eludieron el escrito sociopolítico —que tampoco deseaban—, y lo dejaron en manos de “ensayistas”. No cuestionaron directamente, al menos en sus escritos, la situación política que otros filósofos enjuiciaron negativamente, pero sí el trasfondo axiológico de la realidad social y la imperiosa necesidad de aprehenderlo. Sobre el punto parecería, a la distancia, que les bastaba con hallar los instrumentos adecuados para comprenderla. En términos generales, y con las excepciones que esta afirmación encierra, el pensamiento de estos autores excluyó el conflicto, las dificultades y los condicionamientos que halla el hombre en el desarrollo de su vida. Esto explicaría que la superación de los individuos, sus valoraciones, sus acciones... fueran una elaboración personal del sujeto y no un resultado histórico-social, como se derivaría de otras teorizaciones.

En nuestra fenomenología el hombre adquiere un singular relieve, pero se trata de un hombre sin determinaciones sociales, económicas o políticas concretas, del hombre en cuanto conciencia que reflexiona sobre la propia conciencia, su ser y sus valores desde la universalidad, cualquiera fuere su inserción contextual. La caducidad de algunos supuestos les llevaría a aceptar el desafío husserliano de una “filosofía sin supuestos”, como si ello fuese posible en cualquier quehacer. Estos ideales no ocultan sin embargo las desazones que los cambios sociales, políticos y económicos estaban causando. Eran cambios profundos en la vida nacional, ocasionados por la incorporación de las masas populares, el hastío del fraude electoral, el ejercicio del asesinato político, el uso de la fuerza pública contra la ciudadanía, la militarización de la Argentina, el arraigo de algunos gérmenes nacionalistas, de las luchas obreras y de tantos otros aspectos que estudios minuciosos nos han brindado.

En consecuencia, se sacudieron del “legado” cientista, pero no renunciaron a los derroteros nacionales que el siglo XIX había planteado. La especificidad de un nuevo momento en la cultura política habrá que hallarla en décadas posteriores si de grandes ciclos se trata.

Ateniéndose al principio de “lo dado a la conciencia”, tampoco ejercieron la crítica sistemática y orgánica del espíritu filosófico al cual se oponían y, en todo caso, ésta se debe a oradores, como Coriolano Alberini, que precedieron al período. El sentido crítico que asumieron es más latente que patente en los textos y no remite de modo expreso a la realidad estructural en la cual se hallaban inmersos. Utilizando la caracterización que dejara José Luis Romero en

su obra póstuma *Buenos Aires. Historia de cuatro siglos*, cabría decir que pertenecieron de lleno a la "ciudad burguesa" (1880-1930) y les resultó difícil la comprensión de la "ciudad de masas" (1930-1980) y hasta algunos se enfrentaron públicamente con las nuevas formas políticas apoyadas por los previsible fenómenos en los que desembocaría la vida nacional después de tantas pujas.

Desde la lectura de los textos de la época se advierte que si el ser de la filosofía había sido desvirtuado por el cientismo decimonónico, ahora el "deber ser" se mostraba no desde una tematización expresa del mismo, sino, antes bien, por la metodología impresa a las cuestiones que se abordaban. No se hallará, decimos, un preceptismo literal, pero sí un efecto demostrativo de cómo encarar las cuestiones filosóficas. Así pues, este momento intelectual se juega también en la tensión entre "ser" y "deber ser" con alcances que, como es obvio decirlo, tenían asimismo proyecciones en la vida práctica. Confluyen pues en el momento la formación intelectual, los criterios metodológicos y las actitudes ideológicas que no dejaron de sostener. Efectivamente, el movimiento fenomenológico es la primera respuesta que expresa el pensamiento argentino ante el confiado y feliz siglo XIX. Rompe con la certeza de una filosofía, una metodología teórica y práctica y un programa de acción, además de la seguridad en la riqueza que las élites habían impuesto con modales aristocratizantes, refinados y hedonistas. Considerado en bloque con los intelectuales del centenario es la primera etapa de la crítica filosófica argentina que el siglo XX experimenta.

Oponen al monismo naturalista, con sus variados reduccionismos, un dualismo que separa al hombre en calidad de persona del resto de la naturaleza, pues debía superarse el transformismo biológico.

Proclaman el acatamiento a lo objetivo, pero ahora en el ámbito de lo dado a la conciencia desdoblada en la relación sujeto-objeto, el "atenerse a lo dado a la conciencia" como ámbito de la certeza que renuncia a todo *a priori* para evitar el error, por lo que ahora el término "positivo" adquiere una resemantización que ya no designa a lo real y natural tematizado por las ciencias experimentales, en particular la fisiología. Lo "positivo" es lo dado en la evidencia en calidad de aprehensión directa, en calidad de vía que conduce a la certeza. Si el positivismo se había orientado hacia teorías alejadas de todo agnosticismo, aunque siempre situadas dentro del campo naturalista, ahora el pensamiento fenomenológico se mantendrá en ese juicio pero en el ámbito de la conciencia. En suma, sólo era fecundo el conocimiento de lo evidente

a la conciencia, la certeza estaba dada por lo que se mostraba en su ámbito y la experiencia intelectual —por el procedimiento de la *epojé*—, será el modo de evitar todo *a priori* para alcanzar la positividad de lo dado a la conciencia.

La fenomenología argentina va siendo así preparada por el positivismo que niega y al mismo tiempo transmuta en nuevas odres. Por su parte, pensadores que se ubican en corrientes diferentes abren la brecha para su cultivo. También la obra de Aníbal Ponce y Rodolfo Senet se continúa hasta 1938, de modo que positivismo y fenomenología conviven en un enrarecido clima de polémicas que abarcan desde lo científico y filosófico hasta lo social y político.

El tema del hombre y las cuestiones antropológicas pasan a ocupar el lugar fundamental de las tareas filosóficas entrelazados con otros que surgen directamente en el primer cuarto del siglo. Así puede verse una preocupación por el conocimiento del hombre y de la persona, de la axiología, de la estética, de la ética y de las investigaciones pedagógicas y jurídicas, sin dejar de abordar temas epistemológicos aún desde diversas líneas, como es el caso de Alfredo Franceschi, un realista aristotélico.

Efectivamente, en todo ese desarrollo estarán presentes cuatro grandes líneas cuya vitalidad no les será pareja, más también tendrán su producción escrita: la del todavía recurrente positivismo; el realismo clásico, a veces con el matiz tomista; las letras y actividades con orientación marxista; y, naturalmente, la fenomenología.

Estas cuatro presencias muestran la importancia que la fenomenología tuvo en su momento como irrupción nueva en el contexto epocal, cuyas prolongaciones dilatadas llegan hasta hoy. Sugerimos que pasada la etapa de predominio sería aconsejable distinguir dos formas. En la primera, la fenomenología se exterioriza por los temas, pero fundamentalmente por la metodología con la que aborda los mismos. En la segunda, de fuerte actitud academicista, se intenta abordar la fenomenología y sus temas como objeto de estudio, al mismo tiempo que se participa de sus recaudos metodológicos y exigencias de un filosofar "riguroso". Ambas formas tienen aún hoy su expresión, pese al declinante interés por la fenomenología, y es dable aventurar que esta última habrá de continuar, como otros campos de estudio, dentro de la filosofía.

El desarrollo del pensamiento filosófico de los autores tiene por lo general tres aristas que se compenetran: una, prudentemente receptiva, en la cual las lecturas fenomenológicas alientan buena

parte de los escritos; otra, eminentemente productiva y una tercera que integra las otras dos, tan activa como la anterior, de discusión y distancia crítica con los intelectuales que configuran el respectivo universo discursivo. Las tres aristas mencionadas no suponen linealidad temporal, aunque tampoco debe rechazársela de plano. Mas el interés central de todos ellos está orientado a lo largo de sus escritos por la necesidad de fundamentar un estatuto teórico apropiado para la comprensión del hombre y los valores.